

## Las teorías de la arquitectura

LUIS BOROBIO NAVARRO, DR. ARQUITECTO

**RESUMEN.** *Hay muchas teorías sociales, psicológicas, semiológicas que aunque pueden incidir de una manera más o menos definitiva en la arquitectura, no son estrictamente doctrinas arquitectónicas, y así, frecuentemente, al teorizar, la arquitectura es menos valorada que las disciplinas exteriores que en ella se reflejan. A veces las teorías nacen, casi, al margen del hecho arquitectónico. En ocasiones se hace una arquitectura para ilustrar una teoría. Es frecuente, también el fabricar una teoría para dar justificación una arquitectura. Pero la teoría que es imprescindible en los estudios de la carrera, es la d datos y circunstancias reales, sin lucubraciones etéreas; es la que sirve como directriz de la práctica arquitectónica.*

**SUMMARY.** *There are many social, Psychological and semiological theories which may influence in a more or less definitive manner on architecture, but they are not strict architectural doctrines.*

*Thus, frequently, when theorizing, architecture is not as valued as the external disciplines reflected in it. Sometimes theories are born almost on the fringe of the architectural event. Occasionally architecture is created to illustrate a theory. It is also frequent to find a theory produced in order to justify a type of architecture. The one theory, however, which is essential when studying this profession is that of real information and circumstances, free of ethereal lucubrations. It is what serves to give a direction to architectural practice.*

De un tiempo a esta parte, muchos arquitectos, mariposeando por la filosofía, han presentado tesis doctorales, y han escrito multitud de artículos y voluminosos libros, para teorizar sobre la arquitectura.

Y muchos pensadores o ensayistas, intelectuales que frecuentemente ignoran los problemas genuinamente arquitectónicos, bajo la creencia de que están haciendo **Teoría de la Arquitectura**, han creado una bastísima literatura aplicando a la arquitectura doctrinas sociales, estéticas, psicológicas o semiológicas que, aunque incidan o puedan incidir de una manera más o menos definitiva en la Arquitectura, no son estrictamente doctrinas arquitectónicas.

El mundo de la Arquitectura ha engrosado su caudal de ideas con aportaciones que le llegan de los más variados campos del saber; pero este crecimiento innegable, que en principio constituye un

enriquecimiento del bagaje teórico, podría representar un retroceso, si en el extenso fárrago de ideas brillantes, se nos perdería la idea ordenadora.

Porque, frecuentemente -al hablar de Arquitectura- la Arquitectura es menos valorada que las disciplinas exteriores que en ella reflejan.

Permíteme, querido lector, que, como una divagación al margen, te cuente una anécdota de mi tarea docente que me parece muy esclarecedora.

Carlos era un buen estudiante de Arquitectura. De vez en cuando venía a mí para comentarme sus preocupaciones con respecto a la formación que se daba en la Escuela. Un día me dijo que si la Arquitectura es siempre expresión de la sociedad y reflejo de una concepción de vida, faltan en la carrera estudios sociológicos y de filosofía que capaciten al arquitecto para cumplir cabalmente su misión profesional.

Esta preocupación de Carlos no me quitó el sue-

ño, porque llovía sobre mojado; pero como contestación le conté lo que me había pasado bastantes años antes en otra Escuela de Arquitectura:

Un alumno -Pérez, se llamaba- estaba terminando un proyecto, y yo, por pura curiosidad, me acerqué a verlo. El tema era un edificio de pisos, de viviendas de lujo, localizado en un lugar céntrico de la ciudad. Los planos representaban una mole inmensa completamente ciega. Miré con cierto asombro, y me aventuré a objetarle: "-Oye, pero ¿no te das cuenta de que esto es feísimo y que, además, rompe con todo el conjunto urbano y lo destroza?" Pérez, rebosante de satisfacción, me replicó: "-Sí, sí, pero eso es precisamente lo que he querido hacer, para expresar que la alta sociedad constituye un tumor maligno que se enquistaba en el corazón ciudadano, interfiere en la vida de la ciudad, y la destruye".

- Bueno -seguí diciéndole- pero por qué a esos pisos que teóricamente son de lujo les niegas la vista al exterior, y, teniendo todas las facilidades para hacerlos luminosos, los abres a unos patios interiores que..."

- ¡Claro! -me interrumpió sintiéndose comprendido- eso es precisamente lo que expresa mi arquitectura: los ricos viven cerrados en sí mismos, y vuelven las espaldas a la ciudad, aunque estén en el centro de ella.

A Carlos le conté todo esto, y le hice ver el despropósito de aquel trabajo de Pérez, de cuyos valores expresivos estaba tan orgulloso el autor.

La contestación de Carlos me dejó preocupado: Dijo que si veía la aberración de aquel proyecto era porque yo se lo había dicho y se lo había hecho ver; pero que a él, espontáneamente, le hubiera parecido muy bueno, porque expresaba fielmente y de forma rotunda, una manera de pensar. Me dejó preocupado porque comprendí que la pedantería, o al menos el diletantismo intelectual, puede perjudicar la formación en las Escuelas de Arquitectura y sembrar la confusión, incluso para alumnos buenos, como era Carlos. La sociología y muchos otros campos del pensamiento, que tanta importancia tienen para la arquitectura pueden causar empachos graves, cuando se ingieren sin orden y no se asimilan. Estos empachos se deben a un confusio-nismo garrafal, porque, si bien es verdad que la Arquitectura es una expresión de la vida de los hombres, que refleja una manera de concebir el mundo y que, por ello, es congruente con la correspondiente filosofía, no es una conclusión determinada por las premisas. Tiene una entidad propia. Incide a su vez en la vida y en la manera de pensar y de vivir, y no podemos reducirla a ser un mero manifiesto filosófico.

O, como en el caso del proyecto de Pérez, es un manifiesto sociológico que sería una soflama demagógica y populachera, si hubiera un populacho que fuera capaz de entenderlo; pero, en realidad,

sólo el autor podía entender el importante mensaje que aquella arquitectura portaba. Es decir, que no había mensaje, porque un mensaje deja de serlo cuando es incomunicable.

La Arquitectura es -sin duda alguna- una expresión muy elocuente de la vida de los hombres; pero para desentrañar esa expresión tenemos que detenernos a pensar en algo que parece obvio, pero que exige una previa reflexión; ¿Qué es la Arquitectura y en qué consiste su expresión específica? ¿Cómo nos habla la Arquitectura y cuál es el código de interpretación genuino de su lenguaje?

Porque, si bien es verdad que la Arquitectura expresa, la expresión no es un fin (al menos no es un fin primario) de la Arquitectura, sino una consecuencia (aunque sea una consecuencia necesaria).

El viejo Lao-Tsé, seiscientos años antes de Cristo, dijo que la Arquitectura no es cuatro paredes y un techo, sino el aire que queda dentro. El arquitecto, al construir paredes y techos, al componer conjuntos edificatorios, como los espacios -los ambientes- definidos por esos conjuntos. Este sentido espacial -o ambiental- de la Arquitectura, no es sólo un punto de vista interesante, sino que es un aspecto esencial.

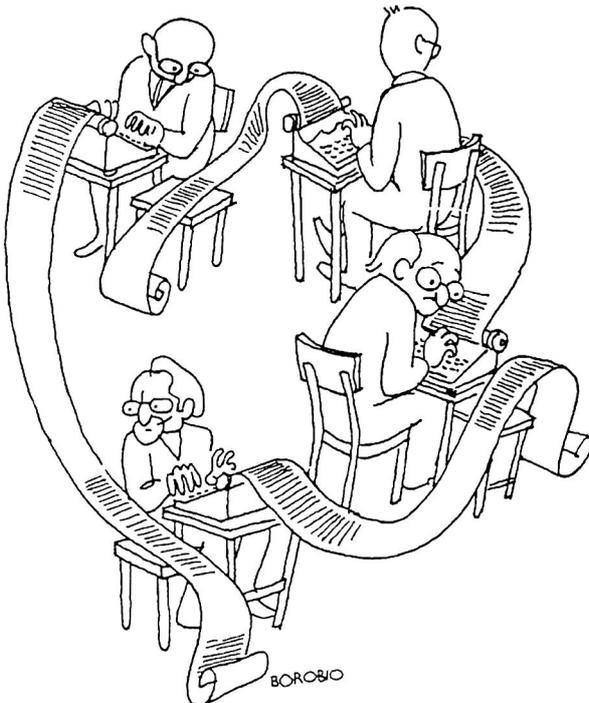
Al preguntarnos qué es la Arquitectura, podemos elegir una de estas dos definiciones:

1º La Arquitectura es una volumetría construida por el hombre, para proteger al hombre con un caparazón exterior a él y ajeno a su humanidad.

2º La Arquitectura es un complemento necesario de la personalidad del hombre al que envuelve; pero que está enraizado e integrado en su vida personal, de cuyos más íntimos afanes nace.

En mi libro *El ámbito del Hombre*<sup>1</sup> doy una respuesta bastante extensa a esta pregunta que aquí no hago más que plantear. La planteo para fijarme en algunos aspectos de su segunda vertiente.

La importancia ambiental de los cerramientos no se reduce a su misión de limitar y definir, sino que actúan también proyectando hacia adentro y sobre el hombre al abrazan sus valores formales, la relación de sus dimensiones y sus cualidades táctiles y cromáticas; y así nos encontramos con unos muros que verdaderamente nos aíslan y encierran, y otros que nos dirigen y hasta nos acompañan; hay muros que, con su concavidad o con el calor de su textura o de su colorido, nos acogen. Y los hay que nos distancian o que nos repelen. Hay veces que los muros iluminan (¡riqueza ambiental de las vidrieras!), y otras que abruman o que alegran ... Vemos en ocasiones, cómo las paredes se empinan, como se inclinan y se doblan, cómo nos envuelven: Se convierten en bóvedas. Y los paramentos que nos cubren -los techos- tienen tanta o más riqueza de posibilidades que los que nos abrazan: cúpulas, artesonados, cielorrasos, plafones ... Pero a veces no son ni los muros ni los techos, sino puntos o líneas singulares, que determinan paramentos inexisten-



LOS TEÓRICOS DE LA ARQUITECTURA,  
EN ACCIÓN

tes o límites ideales, términos de referencia, que, a su vez, actúan eficazmente en el ambiente.

El espacio vital, el ambiente que habla a los hombres y que de alguna manera configura su personalidad, ha sido siempre un elemento consustancial de la Arquitectura, por lo menos desde el último periodo glacial, quince mil años antes de Cristo. Aquellos recintos de Altamira o de Lascaux en que los hombres se albergaban, aquellas concavidades tenebrosas que constituían el ámbito de sus vidas, debían de tener una fuerza ambiental estremecedora: luces trémulas y cerramientos rotundos que abrazan unos espacios cerrados, cálidos y acogedores, en los que las abigarradas pinturas de renos y bisontes, nacidos de los más vitales afanes de sus moradores, vibraban en su misma vida y se vertían sobre los ambientes para constituirlos también en vida: auténtica vida suya.

Espacio que habla y que configura el espíritu de los hombres es también lo más enjundioso de los catedrales góticas. En ellas el volumen desaparece. Queda sólo un aire prodigiosamente estructurado y lleno de color.

Después, cuando en el barroco los volúmenes se retuercen en un anhelo de corporeidad y de riqueza formal, no son los volúmenes, no son los caparzones, sino los espacios limitados por ellos los que dan su grandiosidad a la Plaza de San Pedro, a los Campos Eliseos de París o a los jardines de Versalles.

Pese a esta incuestionable realidad, la historiografía de la arquitectura que se ha hecho en lo que va de siglo, ha atribuido a la llamada **modernidad**

**arquitectónica** el descubrimiento del espacio, es decir, la conceptualización reflexiva y consciente del espacio arquitectónico, del espacio interior y su relación con el exterior, etc. Esta historiografía moderna se ha desarrollado especialmente alrededor de sus presuntos intérpretes canónicos, entre los que podemos citar como los más conocidos a Giedion y Bruno Zevi.

El concepto de espacio, efectivamente, ha sido objeto de un tratamiento particularmente medular en la arquitectura moderna, tanto en la teoría como en la práctica. (Al hablar de **arquitectura moderna** me estoy refiriendo, claro está, a la que se desarrolló en la primera mitad de este siglo).

Pero este espacio es entendido, en la arquitectura moderna, como espacio físico, y, en cuanto tal, como un material más de la composición plástica.

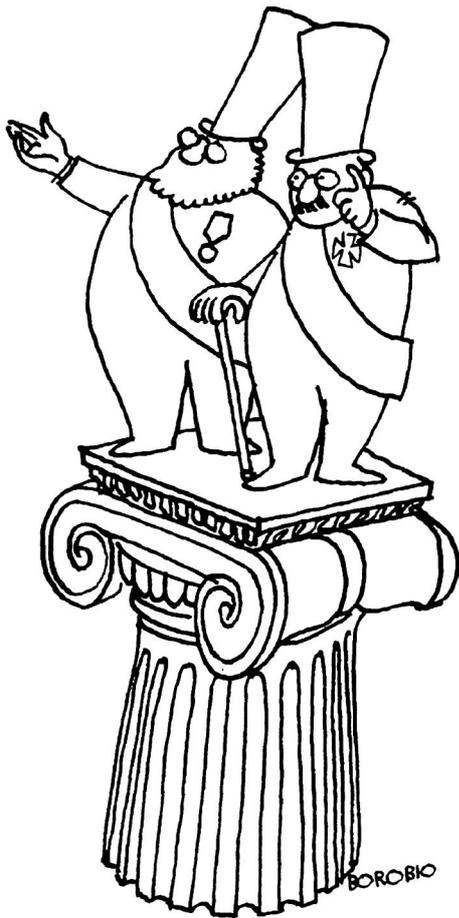
Cabe cuestionarse, si la arquitectura moderna es la arquitectura del espacio, o, más bien, la que se plantea el aprovechamiento funcional y consciente de todos los elementos y materiales que intervienen en la constitución del hecho arquitectónico, incluido, entre ellos, el espacio como un constante argumento irreductible.

Desburg y Mies son, en cierta manera los adalides de la libertad y del protagonismo del espacio. Las células de espacio se desarrollan para ellos centrífugamente, desde el centro hacia la periferia. Pero no dejan de ser sino un elemento (aunque sea elemento principal) de la composición plástica, como delata el propio nombre de su movimiento: el **Neoplasticismo**. Además Desburg (autor material del manifiesto neoplasticista) es un pintor; y llega a dictar las normas de lo que debe ser el espacio en la **nueva arquitectura**, a través de las geometrías planas de su pintura.

Gropius (y todo el racionalismo internacional que de él arranca) con su búsqueda del máximo rendimiento constructivo y funcional de los materiales, encierra en su arquitectura el espacio mínimo, el espacio útil, el espacio habitable-, pero no podemos olvidar que las leyes compositivas de la Bauhaus proceden de pintores (Mondrian, Klee, etc.) y, de una manera mediata pero muy importante, del suprematismo de Malevitch por una parte, y del constructivismo ruso, por otra.

En el puritanismo de Le Corbusier, la planta libre busca el espacio con el que constituye la Arquitectura. La Arquitectura -la vivienda- es para él la **máquina de vivir**; pero los volúmenes de Le Corbusier son mucho más escultóricos que espaciales.

El espacio de la Arquitectura Moderna, con ser el centro del quehacer arquitectónico, hasta el punto de que Bruno Zevi definía la arquitectura como el **arte del espacio**, no por eso deja de tener, en general, un carácter plástico. Es, en un principio, un espacio aséptico, al que van vivificando los esfuerzos organicistas y vernaculares de Frank Lloyd Wright o



### TRATADISTAS DE LA ARQUITECTURA

de Alvar Aalto. Y, preparando lo que vendrá a llamarse Arquitectura Posmoderna, el fundamentalismo de Louis Kahn, el informatismo de Alexander, el futurismo de Archigram, o el populismo de Venturi.

En ese marco histórico, aparece también, desde la filosofía de la existencia, una conceptualización del **habitar** humano. Heidegger concentra en el **habitar** las dimensiones fundamentales de la existencia, con lo que destaca como irreductible la interacción del hombre en su existencia, con su espacio, con su entorno.

No es extraño que los teóricos de la arquitectura, buscando alguna filosofía que dé apariencia de seriedad doctrinal a sus teorías, se hayan dirigido principalmente a Heidegger, hasta el punto de que cualquier tesis doctoral y en cualquier tratado de urbanismo, las citas de Heidegger sean el condimento obligado. Es verdad que las citas algunas veces están bastante bien traídas, porque la filosofía de Heidegger tiene algo que ver con el espacio arquitectónico; pero la mayoría de las veces son citas de relleno, de segundo o de tercera mano, en las que el teórico no se ha enterado ni de lejos, de cuál es la filosofía de Heidegger.

En castellano tenemos dos verbos diferentes y muy precisos **ser** y **estar**, para indicar respectivamente esencia y accidente (**ser** enfermo y **estar** enfermo). En alemán no existe esa distinción idiomática, por lo que Heidegger, para expresar su pensamiento se encuentra con dificultades que no tendríamos nosotros. Tiene que inventar la palabra **Dasein**, que suele traducirse al español como **ser ahí**. El **Dasein** hace referencia a una espacialidad y es precisamente lo que incide en el espacio arquitectónico. Las dificultades expresivas de Heidegger se complican mucho más al traducirlo con cierta literalidad al español. Quizá empleando el verbo **estar** las cosas se entenderían mejor.

Partiendo, en cierta manera, de Heidegger, Juan María Dexeus<sup>2</sup> va más allá y destaca, del espacio arquitectónico, sólo su carácter fondal (fondo del hombre que vive); la arquitectura es (con palabras suyas) **una nada de atención**, con el objeto de que se destaque, en el espacio edificado, solamente la presencia **existencial** del hombre en actividad, potenciándose la primacía de su libertad. Dexeus es arquitecto y hace buena arquitectura; pero sus soluciones prácticas, sólo lejanamente responden a sus planteamientos teóricos, porque su filosofía de la arquitectura se mueve en un plano interesante - apasionante, incluso- pero utópico.

La llamada arquitectura posmoderna, al reaccionar contra el dogmatismo de la modernidad, titubea y se columpia en teorías gratuitas. Busca humanizar los espacios esterilizados del racionalismo moderno, con aditamentos historicistas que, sacados de su contexto y de su razón de ser, nada significan. Es un lenguaje artificioso para el que los arquitectos posmodernos fabrican caprichosamente un código de interpretación basado en una pseudo-cultura que es su **teoría** (¡siempre una teoría!). El lenguaje es indescifrable, porque la teoría -el código de interpretación- nada tiene que ver con la cultura actual de los hombres.

La Arquitectura por una parte, y las teorías de la Arquitectura por otra, se desarrollan muchas veces por separado, aunque es verdad que les gusta enlazarse, correr juntas, e incluso apoyarse mutuamente. A veces las teorías nacen apriorísticamente, casi al margen del hecho arquitectónico implicando la arquitectura en movimientos filosóficos, sociológicos o incluso pictóricos, que, aunque se relacionen con la Arquitectura, no son, en realidad, movimientos arquitectónicos. Aparecen entonces otros teóricos que recogen todas esas teorías, las comparan, las clasifican, las juzgan, y, sin echar ni siquiera una mirada de reojo a la Arquitectura, presentan tesis doctorales, escriben ensayos y publican macizos volúmenes. Surge así todo un mundo inmenso, riquísimo y autónomo de Teoría de la Arquitectura. Es éste el caso más aberrante. Lo cito como un peligro al que podría llevarnos la excesiva **teorización**. En este caso extremo, por la desconexión que se da entre

Teoría y Práctica, difícilmente se perjudicará a la Arquitectura, si no es indirectamente por el daño que se hace a los arquitectos al fomentar la confusión de sus ideas y tentar su pedantería.

Otras veces, al existir una cierta relación entre la Teoría y el hecho arquitectónico, se da el caso lamentable de que una arquitectura se haga, simplemente, para ilustrar una teoría. Mucho más frecuente (y esto se da incluso entre grandes arquitectos) es que la Teoría se haga para justificar la arquitectura.

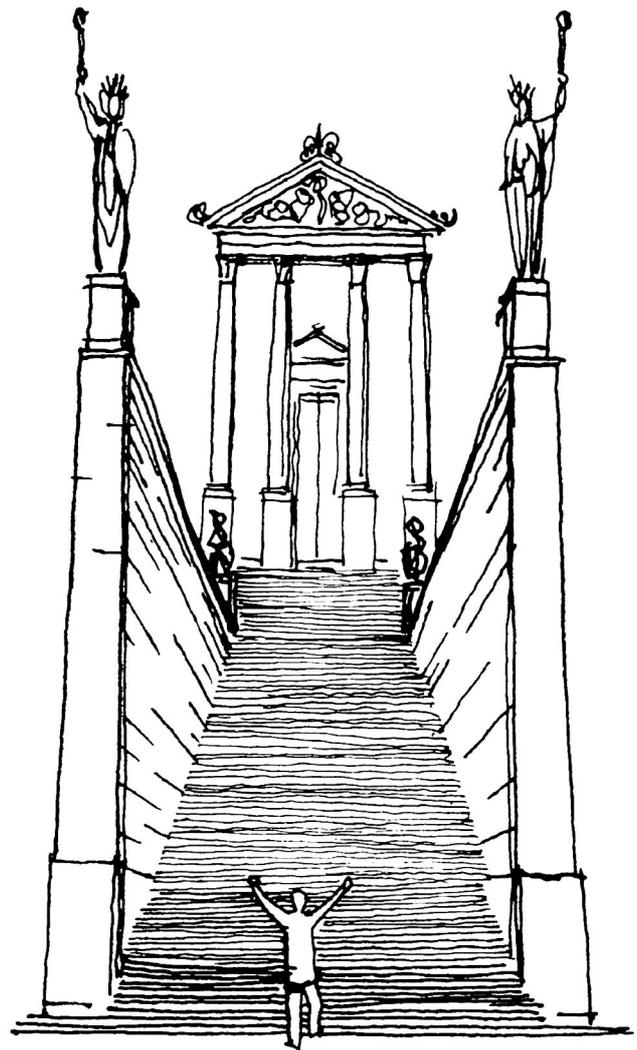
En la mayor parte de los libros de crítica y análisis histórico, las teorías surgen como interpretación del hecho arquitectónico. Esto, en principio, es bueno y enriquecedor porque (si están bien hechas) sirven para ampliar la visión, y clasificar ideas generales o concretas.

Pero la Teoría que es imprescindible en los estudios de Arquitectura, la que no se puede quitar nunca por más que disminuyan los cursos de la carrera, es esa teoría que cada vez los teóricos olvidan más, porque se presta menos al cuento y a la pedantería.

Es la teoría de los datos concretos y no de las lubricaciones etéreas. Es la Teoría que sirve como directriz de la práctica arquitectónica.

## BIBLIOGRAFIA

- 1 BOROBIO, L. *El ámbito del hombre*, EUNSA, Pamplona, 1978.
- 2 DEXEUS, J.M. *Existencia, presencia, arquitectura*. Edit. Bello. Valencia, 1976.



EL ACCESO A LA TEORÍA  
DE LA ARQUITECTURA

